

# Imaginarius

Marcos Vázquez

loqueleg

Maxi se aferró con fuerza al cuello del unicornio. El dragón se acercaba a gran velocidad para destruirlo con sus garras. Maxi lo esperaba, firme. Cuando lo tuvo casi al alcance de la lanza, la criatura le arrojó una gran bocanada de fuego.

Triángulo, triángulo, círculo.

Accionó los controles con rapidez y esquivó apenas el ataque mortal.

La vida se le acababa y tenía que derrotar a ese contrincante lo antes posible.

Cuadrado, cuadrado, cuadrado.

La lanza se clavó en medio del cuerpo del enorme animal. Los gemidos de dolor se escucharon en toda la habitación.

Había logrado el objetivo. La bestia por fin cayó sin vida.

—¡Bien!

Sabía que era el último obstáculo para terminar el juego, pero no podía imaginar la sorpresa que le esperaba al final de la aventura.

—Ahora es su turno, señor Maléficus.

Accionó la palanca derecha del *joystick* y el personaje se encaminó hacia el imponente castillo oscuro que aparecía en el fondo de la pantalla del televisor.

—Me voy a trabajar, mi amor —lo interrumpió la madre.

—Chau, mami —contestó Maxi, sin quitar la vista del juego.

8 —Te dejé la comida en el microondas. ¡No pases todo el día sentado frente al televisor!

Quedó a la espera de una respuesta.

Maxi no se inmutó. Estaba concentrado en ingresar al castillo de Maléficus y cualquier movimiento en falso le costaría «la vida».

—¡Maximiliano!

El grito hizo que se sobresaltara y dejara de jugar por un instante.

—¿Qué?

—¿Escuchaste lo que te dije? —la madre había puesto los brazos en jarra, en un gesto de impaciencia.

—Sí..., algo sobre la comida, que estaba, en, en... —no recordaba nada.

—Te dije que me voy a trabajar, que tu comida está en el microondas, y lo más importante: que no pases toda la tarde con los videojuegos. ¿Está claro ahora?

—Sí, mamá. Clarísimo.

Aurora lo miró con desconfianza.

—Pero mamá... —se quejó—, estoy de vacaciones, no puedo salir al patio porque hace mucho frío y me quedo solo toda la tarde en casa. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

La cara de ese santito de trece años no la engañaba ni por un momento.

—Leer —respondió, mientras le daba un beso antes de irse.

—¡Ufa! —protestó Maxi—. Está bien. Te prometo que leo, pero ahora estoy a punto de terminar el juego. Después almuerzo y me pongo a leer un rato —la madre ya había abierto la puerta—. ¿A qué hora vuelve papá?

—Esta tarde llegamos juntos cerca de las siete. No olvides pasar llave —fue la última recomendación antes de salir.

Maxi volvió a lo suyo.

Pedro, un amigo del colegio, le había regalado ese juego para su cumpleaños. Todos conocían su habilidad para resolver difíciles acertijos y ganar las más complicadas batallas contra aquellos monstruos mitológicos. Según Pedro, nadie había llegado al último nivel.

«Imaginarius» estaba genial. Desde que empezó a jugarlo, no pudo parar y solo se alejaba de la consola para comer y dormir. Se trataba de vencer a un villano llamado Maléficus que tenía aterrorizados a los habitantes de un pueblo cercano al reino. Cada vez que una persona se miraba en un cierto espejo, Maléficus se apoderaba de su alma y se la llevaba al castillo ubicado al pie de la montaña de Evilnor.

En el juego, Maxi manejaba a un personaje adolescente que, con la ayuda de un pequeño duende, había logrado ingresar al mundo del malvado. A partir de ese momento, debió enfrentar diversos desafíos y acertijos, y a toda clase de criaturas fantásticas hasta llegar a las puertas del castillo.

Y allí estaba, justo cuando su madre lo interrumpió.

10 Todo el lugar aparecía de un color gris acerado. Las puertas y ventanas eran más oscuras que las paredes, como agujeros negros que se perdían hacia dentro del castillo.

Maxi no sabía qué tenía que hacer para entrar. Recorrió los muros en busca de alguna piedra que sobresaliera de las otras, para presionarla.

Nada. Ni una señal.

Se acercó despacio a la entrada principal. Para su sorpresa, descubrió que no había ninguna puerta, solo una entrada, así que presionó la palanca del *joystick* e ingresó poco a poco en la oscuridad. Se dio cuenta de que avanzaba porque al mirar hacia atrás vio cómo se alejaba de la luz exterior. Al cabo de unos minutos, ya no podía ver nada hacia ningún lado.

Como si el juego y la vida real coincidieran en ese momento, Maxi se percató de que el *living* de su casa se había oscurecido de pronto. Miró por la ventana y observó que el cielo estaba cubierto de nubes negras que anunciaban tormenta. Se intranquilizó un poco. No le gustaba estar solo en su casa cuando había truenos y relámpagos.

Volvió a concentrarse en la misión. La pantalla del televisor estaba oscura y solo se veía el indicador de vida en la esquina superior izquierda. Le quedaba muy poca.

Un destello iluminó la escena. No supo distinguir si fue dentro del juego o era la luz de un relámpago que ingresó por la ventana.

A lo lejos, en el televisor, se empezó a divisar un punto luminoso. Pensó que sería una entrada a otro lugar dentro del castillo. Quizá fuese la puerta de ingreso al cuarto de Maléficus.

Decidió acercarse.

A medida que lo hacía, el punto luminoso aumentaba de tamaño.

Un fuerte trueno hizo temblar hasta los cuadros colgados en la pared.

Maxi se sobresaltó.

Recordó las recomendaciones de sus padres con respecto a desenchufar todos los aparatos eléctricos cuando había tormenta. Pero eso no sería posible: si apagaba la consola, perdería el último nivel jugado. No había salvado después de derrotar al dragón.

Continuó sin hacer caso a los relámpagos. No podía abandonar ahora que estaba tan cerca. La pequeña luz se agrandó hasta ocupar más de la mitad de la pantalla. Los bordes formaban un rectángulo.

Al fin llegó frente a la figura luminosa y vio que no se trataba de una puerta ni de una ventana. Era un espejo.

Se detuvo. Observó con atención qué imagen se reflejaba en él. La superficie cambiaba de color todo el tiempo y diferentes formas aparecían una tras otra. Como no lograba ver con claridad, apoyó el control en el sillón donde estaba sentado, se paró, y se arrimó a la pantalla del televisor. Miró el espejo tan de cerca como pudo.

La figura de un ser humano se dibujó con claridad.

12 Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Era su propia cara!

El ruido de un potente trueno lo sobresaltó. Todas las luces se apagaron y los aparatos eléctricos dejaron de funcionar.

Maxi cayó al suelo aturdido por la explosión. Cuando se recuperó, levantó la cabeza y miró hacia la pantalla.

No podía creerlo.

Un espejo flotaba en el aire delante de él.

A las dos de la tarde de aquel martes, Lara recogió todas las artesanías que tenía a la venta, las guardó en el carrito que llevaba enganchado a la bicicleta y se dispuso a marcharse de la feria rumbo a su casa. En un día normal hubiera permanecido en el puesto hasta las cinco de la tarde, pero la tormenta que se avecinaba había ahuyentado a todos los posibles clientes.

Con apenas catorce años, Lara tenía que hacerse cargo del sustento de la familia. Ella y Carlos, su hermano menor, vivían con Julia, su tía, que los había criado desde muy pequeños.

Años atrás la madre de Lara le había pedido a Julia que los cuidara mientras ella viajaba a España en busca de trabajo. Cuando estuviera instalada y con ingresos fijos, regresaría a buscarlos. Nunca más la volvieron a ver.

Lara jamás conoció a su padre que, de acuerdo con las historias que le contaba Julia, era un marinero que amaba más al *whisky* que a su mujer.



Con el paso de los años, la tía Julia se vio afectada por una enfermedad que le impidió moverse con normalidad, lo que obligó a Lara a dejar el liceo para hacerse cargo del pequeño negocio familiar. Todas las mañanas iba en su bicicleta a la feria de turno y se disponía a vender las artesanías que fabricaba su tía.

14 Mientras apuraba la bici para no ser alcanzada por la lluvia, Lara sintió una explosión que la hizo perder el control y cayó al suelo. Todo lo que llevaba en el carrito se desparramó en plena calle.

Estaba asustada, dolorida por el golpe y bastante confundida. No entendía qué le había sucedido. Se incorporó, levantó la bicicleta y se puso a recoger las artesanías del suelo.

Mientras lo hacía, notó que se había lastimado el codo derecho. Tenía la mano raspada, llena de piedras y de tierra. Su jean estaba roto en la rodilla y una mancha roja asomaba por el orificio.

Todavía le faltaba casi una hora de pedaleo antes de llegar a casa, por lo que decidió higienizarse las heridas para que no se le infectaran. Confiaba en que algún vecino de la zona le facilitara al menos un poco de agua y jabón.

Se dirigió a la primera casa que encontró. Atravesó el portón de entrada y cuando estuvo frente a la puerta tocó el timbre un par de veces.

Nadie contestó. Volvió a tocar. Otra vez, no hubo respuesta.

Se acercó a una ventana. Las cortinas estaban abiertas y se veía hacia dentro de la casa.

Lo que descubrió la dejó sin aliento.

En el medio de lo que sería el *living*, frente al televisor, un muchacho luchaba con desesperación para no ser absorbido por una figura de bordes iluminados y rectos. Al parecer era una especie de pantalla o espejo.

Cuando él la vio asomada a la ventana, hizo gestos desesperados como pidiendo ayuda.

Sin dudarle un momento, Lara se dirigió a la puerta, giró el picaporte y entró. Por fortuna, estaba sin llave. Una vez dentro, corrió lo más rápido que pudo y aferró al muchacho de las manos para impedir que el espejo se lo tragara por completo.

—¡No me sueltes, por favor! —suplicó el chico.

Lara no contestó. Prefirió concentrar todas sus fuerzas en ayudarlo. Tironeando consiguió sacar parte de las piernas del muchacho, que habían desaparecido ya dentro del espejo. Por un momento pareció que lo iban a lograr.

Él se aferró a los brazos de Lara. Pero en ese instante sintió que lo jalaban con más fuerza de los pies.

Todo fue muy rápido. En un abrir y cerrar de ojos, ambos fueron absorbidos por el espejo.

La tormenta se disipó y el espejo desapareció.

A pesar de que la corriente eléctrica no había regresado, en la pantalla del televisor se leía la frase «JUEGO TERMINADO».

